

Queridos amigos, porque eso es lo que sois, amigos, hoy quiero compartir con vosotros unas pocas de ideas para que me digáis si son tan absurdas como parecen o si acaso son fértiles y pueden prender en alguna mente interesada. Este libro lleva recorridos varios estadios y, si bien pareciera por su título que iba a tratar acerca de los tatuajes, ha ido poco a poco orillando a una anatomía del yo. Lo confieso, estoy evitando palabras feas; quizá no sea «anatomía» la correcta, quizá fuese más preciso hablar de ontología, pero espero que me perdonéis, sufro del mismo padecimiento que aquellos que llaman a los cómics «novelas gráficas»; acomplexado, creo que se llama el síndrome. La filosofía espanta, y yo no quiero espantar a nadie, dios me libre, aunque sea uno inmóvil. Cierto es que vosotros sois valientes, que ya estáis curtidos en la aridez de la jerga de los amantes, pero quienes nos leen no tienen por qué sufrir de nuestras debilidades. Seamos corteses y hagamos la mejor filosofía que podamos evitando la peor filosofía que conocemos. Hablemos de los bárbaros.

Como digo, he venido hablando de la subjetividad, del yo, y me he atrevido a etiquetar algunas opciones. He identificado al yo disuelto en la oralidad homérica, al yo fragmentado en el alfabeto socrático, al yo obsolecente del espectáculo especular de los medios eléctricos, y ahora toca hablar del yo ondulatorio de los bits. Zurciendo lo dicho, recordamos que el canto de los *aedos* suplantaba nuestro diálogo íntimo por su melodía comunitaria mientras que el diálogo socrático solidificaba una subjetividad individual y nítidamente perfilada. El *tam tam* de los medios eléctricos ha creado un circo especializado en usurpar nuestra atención a vacíos especulares al tiempo que los nuevos entornos virtuales han... ¿Qué demonios han hecho? Todos aquí, tristemente, hemos cargado ya unos cuantos años a nuestros lomos y, aunque gustamos de caminar de espaldas hacia el abismo asegurándonos con plomiza repetición que aún queda mucho, ya vemos el origen de la aventura vital un poco lejos. Algunos incluso ya pronunciamos el vertiginoso «cuando yo era joven». No importa, son nuestros demonios y no tienen cabida aquí, puede que lo tengan esta tarde alrededor de unas cervezas.

Volvamos al asunto: no somos la novedad, eso lo son otros, y estos otros hacen cosas raras. Alessandro Baricco, que está a nuestro lado entornando los ojos, quiso diseccionar a los nuevos en su libro *Bárbaros*¹. Los nuevos son, claro, los bárbaros, esos extraños que hacen, sienten y piensan de formas extrañas. Nos los cruzamos, les damos clase, parlamentamos con ellos... Pero hay algo que nos impide mantener una conversación prolongada sin extraviar el hilo de Ariadna de su experimentar vital. ¿Qué es un bárbaro? A la primera, podríamos decir que es el que está afuera de la muralla. Ese tipo que habla y que parece que le entendemos, pero no sabemos qué dice. Ese muchacho que hace y que parece inofensivo, pero que lo está cambiando todo. Ese sujeto que piensa y que parece interesado en algún tema, pero que ya está *fociqueando* en otro.

¹ Baricco, A. (2007). *Los bárbaros*. Barcelona, Anagrama.

Como definición tangencial usemos unas palabras de Baricco: «los bárbaros tienden a leer únicamente libros cuyas instrucciones de uso se hallan en lugares que no son libros». Todos hemos paseado por la librería *Paradiso* olfateando su aroma, pero llevamos más euros gastados en la Fnac. *Paradiso* conserva el aura, pero en la época de la reproductibilidad técnica², no hay tiempo para admirarla. La Fnac nos da el libro de Tolkien, pero también unos muñecos, el videojuego, el juego de mesa, la película, un par de revistas, un diccionario élfico, unos cromos e incluso un sombrero de mago de nivel 80. Puede que el bárbaro no se vea capaz de analizar académicamente las referencias que empleó Tolkien al imaginar el ascenso de Mordor como metáfora del ascenso nazi, pero sin duda ha secuenciado en su largo viaje las modulaciones estéticas del mismo. No será capaz de rastrear la mitología de los libros en una investigación sesuda y profunda, pero sin duda conquistará cada una de las estaciones de paso en las que se ha desparramado su impronta. Frente a la calidad de la erudición, la experiencia vital de una circulación desenfundada. Ahora bien, no es solo que naveguen de una estación a otra, es que se encuentran en todas a la vez, y esto merece una explicación.

Debemos abandonar la asistencia de Baricco pues aquí comenzamos a especular por nuestra cuenta. Permitidme un breve excursión por la mecánica cuántica para afinar la descripción del bárbaro. No os preocupéis, aquí soy un analfabeto curioso, poco más, y no me atrevería a dejar a caer ninguna fórmula, solo a hacer uso indecoroso del más famoso experimento de la nueva ciencia: la dualidad onda-partícula en el ensayo de la doble rendija. Sé que estáis familiarizados, pero no es ocioso repasarlo. Resumo y ya me extiende después; las críticas, un poco más adelante: la materia se comporta como onda y como partícula al mismo tiempo, y esto es imposible. Fin. Sería menester tomarnos un yogurt, meternos en la cama y ya mañana dedicarnos a otras labores más razonables. No obstante, como a Pandora, no nos vale el titular, queremos abrir el ánfora: lo que es incompatible para el sentido común, que se ha formado tras unos pocos de siglos de filosofía griega en devenir, no es un gran problema para la naturaleza. La luz juguetea con nuestras expectativas y se mantiene en una paradoja que comparte con los humanos. Una onda es una perturbación del medio, como lo es una ola sobre la que salta Vera en la bahía de San Lorenzo de Gijón, o las ondulaciones cosechadas por una piedra lanzada por Gael al Lago Ausente en lo alto del puerto de San Isidro. Lo curioso de las ondas, como lo son las de los gritos que ambos profieren en su día a día al corretear por casa, es que interfieren unas con otras: o bien se anulan y entonces el griterío es de puro un ruido, o bien se sincronizan y entonces presenciamos al coro de *Las otras voces* en plena actuación. La partícula, en cambio, viene a ser una mónada leibniziana, única y diferenciada, que no interfiere con las demás, sino que choca y fricciona con ellas. Así que, o bien tenemos ondas o bien tenemos partículas, pero no ambas; y, sin embargo, tenemos ambas.

² Benjamin, W. (2003). La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica. México, Ítaca.

El célebre ensayo de la doble rendija nos da buena muestra³. Al inicio del experimento se dejan pasar electrones a través de dos rendijas. Como sería de esperar de esas bolas que dan vueltas alrededor del núcleo del átomo, el detector recoge los golpes individuales que, a fuerza de repetirlos, van dejando abollada la lona que los recoge. Ahora bien, conforme avanza el experimento y las percusiones se intensifican, van dejando un rastro curiosísimo: reproducen un patrón de interferencia propio de las ondas, que no de las partículas; en unos casos se anulan, en otros se sincronizan. Actúan en golpes localizados como partículas, pero crean patrones de interferencia como ondas. Es más, cuando solo se deja una rendija abierta, el golpeo es genuinamente un patrón propio de partículas; sin embargo, en el momento en que se van dejando abiertas ambas rendijas, se manifiesta un patrón de interferencia como si no hubiese sido la canica la que hubiera pasado, sino una onda, como la de una ola del mar, por ambas. Empero, solo se ha mandado un electrón de cada vez. Como digo, en unas ocasiones se comporta como partícula, en otras como onda. Y resulta que para identificar las propiedades de la partícula, debemos perder las de onda, y viceversa; o descubrimos una u otra, pero no ambas a la vez, aunque paradójicamente se dan ambas a la vez.

El comportamiento de los electrones, lejos de parecernos una marcianada, nos retrotrae a comportamientos humanos muy concretos y actuales. La filosofía, con sus habituales problemas de flexión, ha tenido dificultades para visualizar la dualidad de la naturaleza humana. Queriendo ella dibujar a un human muy estirado, se ha olvidado de que no tratamos con dioses ni con hijos de dioses, sino con criaturas muy terrenales y temporales. Sin embargo, a pesar de que nuestros días estás contados, aspiramos a la eternidad, y no habiéndola encontrado en lo divino, la hemos construido en lo digital. Seres carnales, pero también digitales. Esta dualidad remite a una dualidad clásica en la filosofía, la que propuso Descartes sin excesiva originalidad: mente y cerebro, alma y cuerpo, cosa que piensa y cosa que se extiende, libertad y determinismo. Poco queda de aquella dialéctica en la academia, pero de qué forma, madre mía, se ha hecho presente en nuestro deambular.

En unos trazos memorables del cómic *Watchmen* (Alan Moore, 1986), podemos ver al Dr. Manhattan, ese ser omnipotente desnudo en azul brillante, haciendo el amor a su pareja de siempre, Laurie, mientras otro Dr. Manhattan, que es él mismo, se ocupa de la investigación que le tiene preocupado, otro tiende la ropa, otro hace la comida y otro parlamenta con quien quiera que sea menester. En su omnipotencia, esta especie de divinidad en azul chillón, es capaz de duplicarse tantas veces como quiera sin perder sus capacidades ni su atención. Él no reduce su esmero con Laurie, pero es capaz de aplicarse en más lugares a la vez, en tantos como hace llegar a su cuerpo. El Dr. Manhattan es, efectivamente, onda y partícula a la vez: se dispersa como una onda, pero golpea como una partícula. Laurie, con toda razón, se encoleriza con el Dr. Manhattan porque este está a varias cosas a la vez y Ortega, en su delicioso libro *Estudios sobre el amor*, ya nos informó de que el hombre enamorado tiene un problema, y es que la mujer en la que está interesado se le coloca tan cerca de su rostro que no puede dejar de verla

³ Bach, R., et al. (2013). "Controlled double-slit electron diffraction." *New J. Phys.* **15**.

haga lo que haga, y no puede fijarse en ninguna otra cosa. Ortega no leía suficientes cómics. Nosotros, como Laurie, no podemos duplicarnos ni hacer el amor a nuestras parejas sin perder nuestra fuerza, pero los nuevos entornos nos han brindado extrañas posibilidades que de alguna forma ya estaban latiendo.

Supongamos a un rapaz cualquiera de esos que acumulan granos y miedos propios de la edad. El zagal despierta en Gijón y, como cada día, enciende su teléfono inteligente. Esto quiere decir, no solo que está disponible para una llamada, sino que va a repasar su actividad nocturna mientras dormía: cuántos *likes*, *retuits*, comparticiones, comentarios, etc., tiene amontonados en la bandeja de notificaciones. Antes de asearse, actualizará sus perfiles para que sigan trabajando en esa bárbara economía de la relevancia digital. Desayunará y mientras deglute sus galletas responderá a todas las conversaciones que tiene pendientes. Se vestirá mientras mira los *highlights* del baloncesto estadounidense y de camino a clase enviará unas naves más allá de Orión en algún juego. Al poco, un amigo de Madrid le regalará una pieza de información que abrirá para él un universo nuevo desde el que conquistar múltiples estaciones: ya hubo alguien que lloró al perder de su memoria naves en llamas más allá de Orión. No podrá dejar de pensar en eso en toda la mañana, así que durante la explicación de la filosofía de san Agustín no dejará de teclear en su teléfono para recoger tanta documentación como le sea posible sobre lágrimas perdidas en la lluvia. El profesor le regañará, y esto será un fastidio, porque tendrá que volver a su pupitre, pero pronto seguirá navegando a mucha distancia. En el recreo se juega unas partidas con sus amigos al *Cluedo* digital: estarán allí, caminando alrededor del edificio, pero se encontrarán a miles de bits de distancia. Ya en casa comerán con sus padres que, irritados, le sancionarán por estar mirando un vídeo de un *instagramer* que trata sobre replicantes al tiempo que comparte el bonito a la plancha. Los replicantes le dejarán varias preguntas sin respuestas en el vello de la nuca pero le permitirán conocer a los *cylons* y conectar con unas películas de animación que vio en algún anuncio, ¿era *Ghost in the Shell*? Verá unos cortes de todas ellas en *Youtube* y entrará en algún blog que está inflamado con tanto robot molón. Hará una videollamada con un amigo donde comentará los chismorreos de clase y le adelantará sus descubrimientos de ciencia ficción. Volverá para irse al entrenamiento donde sudará y gritará y luchará y golpeará y será golpeado. Entonces, al terminar, encenderá su móvil y desde allí, en el vestuario, se encontrará en la comunidad virtual y repasará lo que su perfil hizo por él. Dos sitios, como una onda. Quedan los videojuegos, los chats, grabar una pieza para su canal... Hasta la noche. Allí, en la cena, sus padres mirarán estupefactos un cuerpo sin un *yo*, unos ojos sin pestañas a miles de bits, una actividad digital frenética desde la más primitiva inacción física. Ellos, seguramente, también tendrán su teléfono inteligente a mano y se lancen dentro de él para encontrar a su hijo. Por supuesto, no lo encontrarán, pero no les importará porque se habrán olvidado de su misión. Tres cuerpos haciendo la digestión alrededor de una mesa a escasos metros y tres conciencias hiperactivas a miles de hipervínculos de distancia. A la cama y vuelta a empezar.

El *yo* ha perdido sujeción. Descarnado se haya. Ajeno a todo cuerpo. Las sociedades tradicionales no hallaban distancia entre el cuerpo y el *yo* y, sin embargo, las

contemporáneas carecen de nexos que los mantengan unidos. En el extremo, el cuerpo es el pecado original, el error que ha de ser subsanado. Escuchamos sin réplica la soflama feminista «mi cuerpo es mío» como mía es la pelota, y cabe preguntar, si usted no es su cuerpo, ¿quién demonios es usted? Escuchamos con extraños argumentos la lapidaria sentencia «no acepto mi cuerpo, no es el que me corresponde», como si de una planta o de un utilitario se tratase, y cabe preguntar, si usted es el que no acepta su cuerpo, ¿quién demonios es usted? ¿Quién se lo ha dado? La respuesta, aun sin acudir a delirios religiosos, no es tan ridícula como parece, y no lo es porque el niño que se levantó en Gijón experimenta sus días desligado de su carne, ontológicamente a muchos clics de distancia.

Paul Preciado escribió su *Manifiesto contra-sexual* en el año 2000 (entonces lo firmó como Beatriz Preciado) bajo un lema demoledor: en el principio era el dildo. El dildo es el elemento nuclear de la tecnología sexual porque la sexualidad es una tecnología, y todos sus elementos no dejan de ser máquinas, prótesis, etc ⁴. Para Preciado, el sexo no es un órgano ni un lugar biológico, siquiera una pulsión; para él se trata de una tecnología de dominación heterosocial que ha de ser deconstruida. Deconstruir es un concepto que recoge de su maestro Jacques Derrida consistente básicamente en desmontar para volver a montar pero con otro orden y otro propósito. Así, el sexo debe ser deconstruido desde la dominación patriarcal a una especie de estación de paso por la que transitar y en la que nunca encadenarse. La interpretación, porque para los *queer* todo lo que atañe a los cuerpos es cuestión de interpretaciones, es que el sexo es como una escritura sobre el cuerpo, una escritura que debe glosarse y nunca asumirse. Vendría a afirmar, en una versión *queer* de la alienación marxista, que nosotros construimos, debemos construir, el sexo, así que no dejemos que el sexo nos construya a nosotros⁵. Supongo que ya vais viendo al posthumano en estas líneas. El cuerpo no nos define y no permitiremos que lo haga, porque la descripción de cuerpo que hacemos, dicen, no es neutra, sino performativa: al nombrar al bebé como niño, no simplemente especificamos su par cromosómico y la presencia de un pene, sino que arrojamos sobre él la caterva de valores, conductas, caracteres, etc., propios del varón. Por supuesto, esta línea de argumentación la recoge de la punta de lanza del movimiento *queer*, Judith Butler.

Permitidme que me entretenga en otro manifiesto, en este caso de Haraway. Ella escribió el célebre *Manifiesto cyborg* unos años antes que Preciado publicase el suyo (1985). Se propone en él, precisamente, el paso al posthumanismo para solucionar las

⁴ Preciado, P. B. (2000). *Manifiesto contrasexual*. Madrid, Anagrama.

⁵ Recojamos algunos de sus principios:

- 1.- Borrar denominaciones masculino/femenino/hombre/mujer.
- 3.- Invalidar el sistema de producción de bebés. Abolir el matrimonio.
- 4.- Parodiar el orgasmo: es un efecto paradgámico de la producción/represión heteronormativa porque fragmenta el cuerpo y localiza el placer en el pene y en el punto G. Está ideológicamente construido.
- 5.- Toda relación tendrá una duración consentida y anteriormente marcada.
- 6.- Separar la actividad sexual y la reproducción con los nuevos medios tecnológicos.
- 7.- Cambiar de sexo como utilidad pública.
- 8.- Sexo y género serán comprendidos como cibertecnología.

miserias de la vida. En la tecnología aplicada al cuerpo se encontrará, finalmente, el paraíso perdido y prometido; tan solo habría que renunciar al cuerpo. Una vez liberados de la carne, todas las conjuras raciales, de género, de clase, culturales, etc., quedarían resueltas. Es, por tanto, el cuerpo una fuente de injusticias, dominaciones y sufrimientos a erradicar. En el mundo posthumano soñado no cabrían conjuntos disjuntos acerca del color de la piel o la forma de los genitales, pues estos no serían sino reductos del pasado que, como mucho, podrían simularse con las prótesis adecuadas. El género, ya nos suena, se establecería como bárbara estación de paso en la que temporalmente posarse para volar a nuevas estaciones por conquistar. Sin Edipo, sin historia, sin familia, sin seducción; de puro, nuda anatomía despiezada para evitar las relaciones de poder permanentes. Hoy masoquista, mañana sádico. Es la obsolescencia del género articulada en contactos provisionales entre sujetos que juegan con su cuerpo para evitar las injusticias en su acontecer con el otro.

El objetivo parece claro: dejar al sujeto sin problemas, sin sufrimientos, casi diríamos que dejarlo ausente de relaciones duraderas. Trocando todo yo en un nuevo cuerpo, paso a definirme desde cero. Ayer azul, hoy morado. Mi contacto contigo es provisional pues estoy en circulación como también lo estás tú. Ausente de problemas... A superar. Carente de sufrimientos... A resolver. Parco de injusticias... A solucionar. Como si la apatía del que no tiene nada por hacer fuera un fin en sí mismo. Como si llegar a ser el *cyborg* fuese un ideal. El *cyborg*, no sé cómo lo veis, amigos, me resulta insoportable. Me recuerda a aquel documental soporífero, *La teoría sueca del amor* (Erik Gandini, 2015), donde unos individuos con toda una vida resuelta convenían en la mayor de las aberraciones: la soledad. Sin necesidad de ayuda por parte de familia ni amigos, sin necesidad de hombre para concebir retoños, sin necesidad de pareja para criarlos, sin necesidad siquiera del otro para alcanzar el orgasmo, las relaciones se deterioran y el sujeto se aísla. El infierno son los otros, decía Sartre, pero más ajustado era Lacan cuando nos comparaba con puercoespines: nos acercamos para darnos calor, pero nos pinchamos en la intimidad. Las llamas del infierno son los otros, pero no soportamos el frío de la soledad. La vida buena no está, indudablemente, a distancia de otros con los que superar y tragar los obstáculos vitales.

¿Qué os parece que queda del yo? El cuerpo se construye, para la teoría *queer*, del mismo modo que un artista traza su lienzo expresando su identidad, no con la decadente biología, sino con la cultural prótesis. El cuerpo resulta en una suerte de artefacto tecnológico que en el mejor de los casos se halla en eterna construcción, en perenne circulación. La sexualidad viene dada por inclinaciones inacabadas que deben levantarse a cada contacto. Como bárbaros dejando moverse a sus avatares sobre los que escogen sexo, edad, profesión, etc. Es una comunicación sin rostro, porque el rostro es perecedero incluso durante la misma comunicación. No tratamos con personas, la cara no es más el espejo del alma, sino un constructo de un usuario de una tecnología.

¿Os dais cuenta? Desaparece el cuerpo y con él desaparecen las categorías del Ser. Solo quedan los accidentes, pero ninguna sustancia los sustenta porque se ha mudado. Se pierde el espacio. No creo que Paul Virilio pensase en estos extremos, pero qué oportuno nos resulta su fino análisis. Para él, la velocidad de la luz es una forma de

aparecerse lo real y de relacionarse con lo real⁶. Encontramos en un cuarto, sobre la cama, las extremidades de un niño tan pegadas a su torso como a un teclado, pero él converge, no con nosotros, sino con otros chavales en Azeroth; él es ahora un paladín de nivel 70 venciendo a la Orda en el videojuego *World of Warcraft*. Ondas, el niño es una onda porque está en varios sitios a la vez, también en su Instagram y en su grupo de WhatsApp y en... Se aparece su realidad a la velocidad de la luz, es decir, simultáneamente, de forma que pueda estar en todos los lugares a la vez, como esos experimentos mentales de los físicos que proponen superar los límites que estableció Einstein comprimiendo el espacio delante de nosotros para que, de un solo paso, recorramos distancias inimaginables antes de que lleguen los fotones. Cuando todo se da a la velocidad de la luz, todo se da al mismo tiempo y la noción misma de causa y efecto se difumina. La causa y el efecto se dan al tiempo, es decir, dejan de ser causa y efecto. Si no hay causa entonces no hay sustancia, solo quedan los accidentes, acontecimientos... Espectáculo y relevancia. Mascaradas, imágenes, avatares sin rostro ni sustancia. ¿Dónde pensáis que se sujetan tantos accidentes? Precisamente, en la mirada de los otros, la misma mirada que da puntos en una inmisericorde relevancia digital. Relevancia de la onda que ha de coordinarse con otras para elevarse y existir, o por el contrario, interferirá con otras de mala manera hasta quedar oscurecida, anulada, en el fondo del no-ser digital, ya sabéis, el olvido, sin siquiera la ignominia. Ondas en circulación donde el cuerpo ha quedado obsoleto.

Sin embargo, no siempre ha sido así. No tenía sentido esta concepción para los griegos, por ejemplo para el más materialista de ellos, Aristóteles. Siguiendo la tradición homérica, la cesura ontológica entre lo vivo y lo inanimado era, precisamente, el alma. No se trataba de un alma trascendente, sino de una función vital. El alma no moría para el Filósofo, sino que moría el ser humano con alma. Al igual que Héctor exhalaba su último hálito tras su encuentro con Aquiles, el cuerpo moribundo del común ciudadano iba dejando escapar su alma, su calor, hasta cesar en sus funciones. La muerte no es sino el apagón final del organismo. Tener alma no es sino vivir. Y vivir es tener pasiones, emociones, afecciones que arriban a nuestro cuerpo. No hay *pathos* que no se manifieste en el cuerpo y no hay *pathe* sino mezclado con la materia (*logoi enyloi*). El cuerpo es, en definitiva, lo que nos individualiza, es decir, lo que evita que volemos a las alturas de las abstracciones ondulatorias y nos concretemos en partícula definida. Para Aristóteles, el cuerpo no es el pecado original, sino el emplazamiento de la soberanía personal. En una versión más actual, menos intensa y más socarrona, Nina Hartley dice aquello de que «cualquiera que tenga orgasmos regulares puede señalar el absurdo de pensar que el cuerpo es obsoleto»⁷.

El cuerpo, ciertamente, no está obsoleto, aunque nos empeñemos en darlo por jubilado. El cibersexo se propone borrar el cuerpo y traducir el contacto antaño íntimo por datos. Bataille nos hablaba en su tono escandaloso y denso de la fragilidad de la

⁶ Virilio, P. (1998). *La velocidad de la liberación*. Buenos Aires, Manantial.

⁷ Citado en Le Breton, D. (2011). *Adios al cuerpo*. México, Cifra.

desnudez, del miedo a esa pequeña muerte que es quedarse cuerpo a cuerpo en la alteridad. Sin embargo, podríamos considerar la compañía de un autómatas para evitar el riesgo en una forma radical de narcisismo. Es más, podríamos pensar en la compañía de una interfaz conectada a una web pornográfica donde, ya no solo tememos por nuestra desnudez, sino que siquiera nos tenemos que desnudar porque el cuerpo queda erradicado. Se prescinde del cuerpo en una excitación sin pellejo donde la soberana deja de ser la sensualidad táctil para mudar en la visual y verbal... La sexualidad se convierte en texto. Las prohibiciones se eluden, el Otro psicoanalítico se evade y la identidad vuelve a circular. ¿Quién eres? Quien quieras. ¿Qué historia tienes? La que quieras. ¿Qué eres? Lo que quieras. ¿Cuánto tiempo lo eres? Tanto como quieras. Llegados a este punto, el manifiesto contrasexual de Preciado no necesita ni de avances nuevos en prótesis sustitutivas de la biología, se conforma tan solo una buena interfaz y unos auriculares. Bienvenidos a la versión posmoderna del onanismo: sin reproches, sin pareja, sin decepciones; como argumenta el personaje de *The Congress* (Ari Folman, 2013), Reeve Bobs: «imaginen una vida sin frustración ni celos ni ego. ¡Sed vuestro sueño!». El fantasma realizado no decepciona; la realidad sí, y da miedo.

El travestismo es sintomático de esta destrucción de géneros e identidades⁸. El travesti, el tercer género, desborda los genitales culturales y trasciende las categorías tradicionales, categorías que Harry Benjamin había conceptualizado con una imagen muy ilustradora: el sexo es lo que está debajo del cinturón, el género es lo que queda por encima. El primero atiende a la libido, el segundo se ocupa de todo lo no sexual del sexo. Si bien el sexo es cuestión de polos, de blancos y negros sin grises, el género es todo un *continuum* mediatizado por significados culturales. Desde esta óptica, aquel vergonzoso autobús que clamaba «Los niños tienen pene. Las niñas tienen vulva. Que no te engañen» de la asociación ultracatólica *Hazte oír*, cae en una serie de confusiones poco inocentes al ligar, *según natura*, sexo y género. Ser niño es mucho más que tener un pene y ser niña es mucho más que tener una vulva, y es el travesti el que con mayor practicidad lucha contra esas categorías normativas. El pene no implica la hombría, el valor y la caballerosidad, y la vulva no implica la dulzura, la delicadeza y la fragilidad. Genial es esa camiseta del movimiento feminista que juega con las expectativas de la hembra. Dice: «Caperucita, ¿dónde vas tú tan solita?» Y contesta ella, con un dibujo de una chica femenina pero fuerte: «a donde me da la gana». Pero el asunto va más allá.

Judith Butler escribió *El género en disputa*⁹ en 1990. Se ha convertido ya en un clásico a pesar de la dureza de sus argumentos. Es, no cabe duda y ella así lo reconoce en el prólogo, un libro poco amable con el lector, pero eso no ha impedido erigirse por sí mismo y a su autora como punta de lanza del movimiento *queer*. El extremo de esta filosofía está en que no solo es el género el que circula de forma que un varón pueda identificarse como mujer y viceversa, sino que el sexo también lo hace. Indistintamente

⁸ Fernández, J. (2004). Cuerpos desobedientes. Travestismo e identidad de género. Buenos Aires, Edhase.

⁹ Butler, J. (1990). El género en disputa. Barcelona, Paidós.

de si tratamos con lo que está debajo o encima del cinturón, la clave está en la circulación y en la urticaria que da cualquier tipo de parada que exija perennidad. De esta forma, el sexo no sería anterior al género, sino que son independientes. No hay relación causal, y pensar lo contrario, dice Butler, es lo que causa sujetos normalizados y armonizados (sexo-género-sexualidad). Son las prohibiciones simbólicas arrojadas performativamente sobre el cuerpo del bebé las que imponen unas demandas y expectativas que, si bien se suelen cumplir, pueden generar asimetrías excluyentes. No hay, en fin, una ontología para el cuerpo estable: hay que desnaturalizar el cuerpo y resignificar todas las categorías corporales. Nos volvemos a encontrar con los bárbaros, aunque en este caso conquistando lo transhumano.

Al igual que Butler, Haraway y Preciado, el transhumanismo tiene un problema con el cuerpo. El cuerpo se deshace, se difumina y se va perdiendo, o al menos es esta la intención. El cuerpo significa no solo injusticias, como dicen los *queer*, sino limitaciones intolerables. Nos impide correr más, cargar más, saltar más, volar más, follar más... Nos impide pensar mejor, recordar mejor, procesar mejor, comunicarnos mejor... Incluso nos impide estar en varios lugares a la vez. El transhumanismo, a fuerza de identificar el problema y registrar la solución, solo espera que la tecnología sea lo suficientemente audaz como para romper nuestra dependencia del carbono. El objetivo a realizar lograría que las ironías de Haraway en su *Manifiesto cyborg* dejaran de ser tales para cristalizar en transhumanos.

La inteligencia artificial comenzó con una calculadora para avanzar a un Tetris y continuar en los champiñones de Mario Bros. Sin embargo, hoy hay coches autónomos, algoritmos capaces de vencernos al ajedrez y de decidir por dónde vamos a llegar antes y con mayor seguridad a nuestro destino, también de elegir pareja por nosotros y de tomar decisiones claves en el rumbo estratégico-económico de las compañías más dominantes. Hemos creado entornos donde ya no podemos estar seguros de parlamentar con otro usuario manejando un brujo de nivel 35 o con un avatar controlado por la IA. Algunos pasan más tiempo en esos entornos relacionándose con usuarios y avatares que en el mundo del polvoriento camino alternando con vecinos y amigos de carbono. Como decía Robin Wright en *The Congress* al describir lo que veían sus ojos digitales en el extraordinario entorno digital en el que se movía, «Nueva York es ahora una ciudad de jardines suspendidos hasta el cielo. Los colores te embriagan. Las personas son muy hermosas, jóvenes y radiantes. Resplandecientes de serenidad, belleza y sexualidad». ¿No es legítimo pensar en ausentarse del cuerpo para mudarse a esos paraísos virtuales? Para muchos, lo que dejarían aquí tampoco sería de gran valor.

Los miopes pueden operarse actualmente los ojos, cirugía que a láser eliminando algunas capas de la superficie de la córnea o introduciendo una lentilla entre ellas. Implantes en las cavidades auditivas han logrado que muchachos escuchen sonidos por primera en su vida. Los trasplantes de órganos no son ya anomalías dignas de salir en el telediario y hemos podido incluso cambiar la cara al completo a algún desgraciado que se la había desfigurado. Oscar Pistorius, con sus prótesis en el lugar donde el resto de la gente tenemos piernas, ha alcanzado más velocidad que un caballo y ha pedido poder competir con los humanos «normales», es decir, no transhumanos. Jesse Sullivan

ha sido capaz de restituir sus brazos con extremidades biónicas con las que quizá todavía no pueda tocar el piano, pero con las que es capaz de coger un vaso de plástico o un huevo sin que se le caiga ni destrozarlo. Es capaz incluso de sentir, de recibir los estímulos táctiles y acariciar a sus hijos con sus propias manos, ahora biónicas. ¿Podría alguien en un futuro no muy lejano jugar un partido de balonmano con un brazo de este tipo, más fuerte, más veloz, más resistente? ¿Podríamos en un futuro no muy lejano sustituir nuestras lesivas y torpes extremidades por artilugios biomecánicos mejores en cualesquiera aspectos? ¿Sería posible, en una versión terrenal de los altos vuelos de la Mayor en *Ghost in the Shell* (Masamune Shirow, 1989), donde la protagonista ha cambiado todas las partes de su cuerpo biológico por prótesis biomecánicas? ¿Alcanzaremos en algún tiempo la sustitución de porciones encefálicas para mejorar nuestra memoria, procesamiento, conectividad, etc.? Nuestro cuerpo, bien sabemos al acumular años, es ciertamente mejorable.

Llegar a la élite de cualquier deporte es cuestión de talento y esfuerzo. Una vida dedicada a la mejora de las capacidades sobrevenidas en el nacimiento hasta la extenuación y el extremo de lo saludable, pero que una vez allí, en cuestión de un cinco o un diez por ciento de mejora, nos enfrentamos a quedar fuera de unas finales o con la corona de laurel sobre las orejas. Este pequeño brinco que descose la gloria y el sentido de tanto esfuerzo del olvido y la absurdidad del sacrificio, es el dopaje. Los fármacos que han ayudado de manera más o menos legal, más o menos fraudulenta, a impulsar la carrera de un deportista, no se alejan mucho de otros fármacos que mejoran la atención (Metilfenidato para el rendimiento académico), el carácter (Oxitocina para la empatía) o la retención (Provigil para la memoria), es decir, las potencias de nuestro cerebro. Más allá de los fármacos, nos encontramos con dispensadores de atención, carácter o retención en forma de prótesis, cascos, auriculares, etc. Implementar lo que un cerebro puede está al alcance de unas pastillas, pero también de unos electrodos, y el ejército estadounidense está trabajando desde hace años en ello. Cascos que mejoran la concentración, que atenúan el ruido emocional (el miedo), que focalizan la atención, etc., tienen como objetivo construir al supersoldado.

Este supersoldado se puede conseguir implementando lo presente o creándolo desde el comienzo. El supermercado genético nos permite orillar algunas enfermedades, pero también diseñar a nuestros retoños. Altos, guapos, ojitos azules y fuertes, resistentes, audaces, inteligentes, etc. Empezamos en el ejército buscando al soldado universal y terminamos en un mercado de abastos de diseño genético. Un cuerpo a nuestro antojo que diseñamos de partida pero que podremos modelar en el transcurso. Consideraríamos unos negligentes a unos padres que no procuraran las mejores cualidades de sus niños a causa de un puñado de euros o unos ideales trasnochados.

El cuerpo, por último, muere. ¿Sería posible evitar tamaño extremo? La ciencia se está esforzando denodadamente en ello. Si bien evitarlo parece todavía utópico, retrasarlo no resulta tan lejano. ¿Humanes de ciento veinte o ciento cincuenta años con calidad de vida? Excuso hablar de los problemas de sobrepoblación, no es nuestro dilema aquí, sino la superación de nuestro cuerpo. Porque sobrevivir a la muerte, este anhelo tan viejo que Platón solucionaba para el pobre de corazón con una ilusión:

engendrar en la belleza, la inmortalidad en los que nos siguen, se puede solucionar arreglando nuestro cuerpo o sustituyéndolo por alguna que otra cosa. En cualquiera de los casos, lo que tenemos no nos vale, ha de ser llevado a un más allá transhumano.

No sigo. Otros han profundizado con suficiente agudeza en estas simas. Sin embargo, creo que he dibujado un lienzo suficientemente amplio y nítido de la realidad en las que nos movemos. Ondas ondulando en una diáspora existencial donde el cuerpo pasa a ser líquido en unos casos, bits en otros, imperfecto en ambos. Accidentes que perduran suavemente y a los cuales la sustancia solo se les aparece ocasionalmente, pero no como causa, sino como efecto de ellos, es decir, como simulacro. ¿Qué es el tatuaje en este desdibujo, en este no-ser, en esta atemporalidad? Esta es la tesis recia: el tatuaje es su refutación.

El tatuaje reivindica el cuerpo en un mundo que nos empuja a borrarlo. Pero, de alguna forma, sabemos de nuestro error. De alguna forma, sentimos que nos empequeñecemos. De alguna forma, rebotamos en un movimiento muy agustiniano: tras habernos exiliado de nosotros mismos, nos replegamos en nuestra alma. Es en este momento cuando descubrimos que nuestra alma no es otra cosa que nuestro cuerpo, vieja noticia que ya nos había anunciado Aristóteles. Así, el tatuaje nos recuerda que el cuerpo es la medida de la existencia, de nuestra existencia, de nuestra subjetividad¹⁰. Spinoza decía que el cuerpo es el lugar donde alcanzan las afecciones, lo que nos afecta, lo que nos constituye; es el que modela los contenidos de la mente, es el primero del yo... Yo soy mi cuerpo. En bruto: receptor de estímulos, instrumento de comprensión, intérprete del medio, reactor ante las afecciones, proyecto en el mundo, mirada de intenciones-expectativas-emociones-sensibilidades, dador de significado existencial, reductor de abstracciones, procesador de información, dador de sentido, comisionado de afectividad, emisor y receptor de comunicados, transistor de signos.

De alguna manera, el cuerpo es el que impide que nos olvidemos de que somos partículas, de que vivimos en un aquí y en un ahora, de que no somos omnipresentes y simultáneos, sino que la riña del padre irritado con su hijo por distraerse en la mesa con el teléfono significa un cuerpo recuperado al fondo de una caverna que es la única en la que podemos vivir. Desde el no-ser de la función de onda, el cuerpo nos recupera al ser de la partícula que se define por sus límites. La locura *Skin Project*¹¹ nos muestra abiertamente la paradoja de nuestra situación. Algún loco (una chica, Shelley Jackson) ha escrito una narración, seguramente una especie de historia disparatada y sorprendente, de tan solo 2095 palabras, y ha pedido a 2095 personas que se tatúen una de las palabras de la misma. La narración solo ha sido descubierta a los participantes en el momento en que todos se hubieron tatuado su palabra y la historia hubo sido escrita, no en celulosa, sino en el cuero de los 2095 voluntarios. Cada uno tuvo que escribir un correo a la autora explicando el porqué gustaba de participar en tal marcianada y, como

¹⁰ Le Breton, D. (2011). Adios al cuerpo. México, Cifra.

¹¹ Romano, A. and M. J. Cebolla (2012). El tatuaje en la cultura. El tatuaje. Un enigma a ser descifrado. Bueno Aires, Letra viva.

acto final, ella les pidió que se grabases la palabra tatuada y que pronunciasen la misma para, una vez colectadas todas, poder editar un vídeo con 2095 palabras en 2095 trozos de piel y 2095 voces recitando una unidad narrativa que, para un último giro del guión, no es la original de la que solo los voluntarios tienen noticia.

El *Skin Project* es buen ejemplo de la naturaleza dual del ser humano: quiere ser *uno menos* del grueso de la humanidad –yo participo en una *performance* estética a través de un tatuaje que me hace único– siendo *uno más* de la logia –uno más de los 2095 voluntarios–, cobrando sentido como ser individual único –solo yo tengo esta palabra tatuada con este formato y este sentido– desde la integración en un todo superior que me engarza en una secuencia de la que solo soy parte –la narración de Shelley Jackson–. La onda no puede existir sin una conexión entre lugares distantes y diferentes. La partícula no quiere de otros lugares para estar definida en su asidero. Se da la onda como parte de la melodía de la narración oculta, aunque se da también la partícula como elemento único y genuino a través del color del tatuaje.

Aceptado como punto de partida que no hay un alma inmortal entre la pleura y el pulmón ni en ningún otro lugar del organismo, solo nos queda el cuerpo para atestar el *yo*¹². El cuerpo es, rotundamente, el ser frente al no-ser, y así lo negocia el tatuaje. Es la atestación de la existencia del sujeto que emplea el cuero para trazar un *mythos* prescriptivo, una especie de muro de Facebook perenne. Es el tatuaje un gran cuadro de hipervínculos que remiten, como en *Memento*, a acontecimientos o a situaciones relevantes de la vida de alguien, situaciones que cimentan a ese alguien. Esta es la cuestión: el sujeto no es un algo al que le afectan cosas en su cuerpo, sino que al cuerpo al que le afectan cosas se erige como un sujeto. Atestar esos acontecimientos en forma de cicatrices, lesiones, arrugas o tatuajes es lo de menos. El color del tatuaje, así como su semántica y su semblante, configura la subjetividad creando una sustancia. La sustancia, por tanto, no es la que doma a los accidentes, sino que son los accidentes los que van atestando el crecimiento de la sustancia que ya en la madurez puede encontrar una definición, no solo recogiendo lo que ha sido, sino proyectando lo que quiere ser. El tatuaje, en fin, no representa lo que es el interior del cuerpo, porque no hay interior sino como vísceras y nervios, sino que construye una subjetividad: lo que he sido, lo que quiero ser.

Color, pero también dolor, y es que el dolor es clave en esta particularización cuántica. Decía Freud en *Duelo y melancolía* que el dolor anímico es parecido, y así hay que analizarlo, al físico, es decir, viene a ser una herida abierta. El tatuaje duele, y debe doler. Si no doliese, seguramente no se realizaría: serían dibujos de *henna*, calcomanías o manchas de bolígrafo. El dolor acierta una causa externa ejecutora del mismo; para empezar, la aguja. Pero la cuestión es que al encontrar la causa externa, reconoce el exterior, y al reconocer el exterior se ve capaz de identificar el interior, es decir, el *yo*. El tatuaje encuentra, no solo a través del color y del relato que se implementa en el dibujo concreto, sino en el dolor, al *yo* disperso. Gracias al dolor se diferencia al *yo* del exterior. Registramos, mediante el mismo, tres elementos: el mundo externo, el propio cuerpo

¹² Ricoeur, P. (2003). *La memoria, la historia, el olvido*. Madrid, Trotta.

que, ahora sí, somos nosotros en sentido grueso, y las relaciones con los otros. Es la piel, instrumento de interrelación con el otro, la que da a la psique la representación del yo, la que construye a través del contacto, a veces placentero, a veces doloroso, la subjetividad. Es el cuerpo, por tanto, y el tatuaje en él, como recuerdo, el que recibe, percibe, protege, cohesiona, soporta, siente etc., el yo que alguno se atrevió a definir como pensante. ¡Antes que pensar, el yo duele! Y para ello hay que haber sufrido porque precisamente ahí, en el sufrimiento, se encuentra uno cara a cara con lo impensable: consigo mismo. Lo sabe el escalador que debe decidir si seguir ascendiendo cuando el seguro está ya algún metro por debajo, lo sabe el balonmanista que debe arrancarse en una finta contra el defensor que va dejando caer su brazo para detenerlo, lo sabe el padre que debe arrancar un cuento o una sonrisa a favor del retoño que ha absorbido toda su energía.

Voy terminando este texto que os quería regalar, pero que ya siento que os va a torturar. Me he olvidado de las atenciones que os pretendía y he terminado por lanzar sobre vosotros mis meditaciones sin custodia ni cuidado. Toca disculparse y enmendar. Terminó, digo, contra Descartes, pero con Merleau-Ponty. El cuerpo no es un objeto, y esto es lo que nos enseñan los tatuajes. La experiencia del cuerpo propio desvela que el pensamiento no puede cerrarse en uno, sino que se ha de lanzar a la sexualidad, a la libertad, a la amistad, al odio, etc. Percibo mi cuerpo constantemente, así que no es un objeto más. Él permanece, no del lado del mundo, sino del mío. Es más mío que externo, y me impone una mirada sobre ese mundo. Es más, el mundo externo existe gracias a él y lo manipulo gracias a él. ¡Qué demonios! Con Merleau-Ponty: «así pues, soy mi cuerpo»¹³, y aunque me disperso como onda, me reafirmo como partícula. Exiliado de mí, me repliego en mí. De puro, la paradoja de la naturaleza humana.

El tatuaje, para todos aquellos que no sepan por qué se lo hacen, yo les digo: es la réplica a la vida que nos ha tocado vivir, una vida que nos empuja a la diáspora existencial. El tatuaje, de algún modo, recupera el cuerpo perdido, denigrado, obsoleto, para elevarlo a eje aritmético, centro matemático, punto de equilibrio del deambular temporal y vital, hermoso y peligroso, por un mundo que, como en el mito, ha destilado todos los males, pero se ha guardado la esperanza. El tatuaje, ciertamente, es el de aquellos que no se odian tanto como para perderse, o, al menos, es el de que aquellos que conservan la esperanza de no extraviarse más.

HABLAR de cómo los dibujos crean el yo sobre el cuerpo. Atestación del yo. Construyen la sustancia que falta para sujetar los accidentes

¹³ Merleau-Ponty, M. (1994). Fenomenología de la percepción. Barcelona, Planeta.

Bibliografía

- Bach, R., et al. (2013). "Controlled double-slit electron diffraction." New J. Phys. **15**.
- Baricco, A. (2007). Los bárbaros. Barcelona, Anagrama.
- Benjamin, W. (2003). La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica. México, Ítaca.
- Butler, J. (1990). El género en disputa. Barcelona, Paidós.
- Fernández, J. (2004). Cuerpos desobedientes. Travestismo e identidad de género. Buenos Aires, Edhase.
- Le Breton, D. (2011). Adios al cuerpo. México, Cifra.
- Merleau-Ponty, M. (1994). Fenomenología de la percepción. Barcelona, Planeta.
- Preciado, P. B. (2000). Manifiesto contrasexual. Madrid, Anagrama.
- Ricoeur, P. (2003). La memoria, la historia, el olvido. Madrid, Trotta.
- Romano, A. and M. J. Cebolla (2012). El tatuaje en la cultura. El tatuaje. Un enigma a ser descifrado. Buenos Aires, Letra viva.
- Virilio, P. (1998). La velocidad de la liberación. Buenos Aires, Manantial.